

## CAPÍTULO XIX

Trigésimonoveno virey D. Pedro de Castro y Figueroa, duque de la Conquista y marqués de Gracia-Real. — Se ve perseguido por los ingleses en su navegacion y pierde su equipaje y papeles. — Fortifica Veracruz. — Visita el castillo de Ulua y construye dos baterías rasantes. — Muerte del virey. — Entra á gobernar la Audiencia. — Cuadragésimo virey D. Pedro Cebrian y Agustin, conde de Fuenclara. — Prision de Boturini. — Se le envia á España, y el Consejo, convencido de su inocencia, premia sus trabajos literarios. — Se nombra á Boturini cronista de las Indias. — Atacan los corsarios ingleses la nao salida de Acapulco y la apresan despues de un reñido combate. — Mejoras materiales hechas por el virey. — Útiles trabajos estadísticos. — Cuadragésimoprimer virey D. Francisco de Güemez y Horcasitas, primer conde de Revillagigedo. — Muerte de Felipe V y reinado de Fernando VI. — Mejoras que introduce el virey en las rentas reales. — Modo de recaudar los tributos y provincias que estaban exentas de ellos. — Prende un alcalde á varios holandeses, con engaño, en el pueblo de Matanchel, y el virey manda ponerlos en libertad y tratarlos dignamente. — Se fundan varios pueblos en Nuevo Santander, hoy estado de Tamaulipas. — Fuertes terremotos y daños que causaron. — Muerte del filántropo obispo mejicano Don Juan Gomez de Pedraza. — Un eclipse casi total de sol. — Establece el virey un presidio en Sonora, al cual se dió su nombre de Horcasitas. — Devora un incendio el convento de Santa Clara. — Cuadragésimosegundo virey Don Agustin de Ahumada y Villalon, marqués de las Amarillas. — Reformas

útiles que introduce. — Activa el despacho de los negocios en los juzgados. — Sabias instrucciones dadas por el monarca al virey; éste cumple con ellas. — Erupcion del volcan llamado el Jorullo. — Enfermedad del virey: muere pobre y estimado.

Desde 17 de Agosto de 1740  
hasta 6 de Octubre de 1760

1740. El dia 17 de Agosto de 1740 tomó posesion del vireinato el nuevo gobernante D. Pedro de Castro y Figueroa, duque de la Conquista y marqués de Gracia-Real. Hombre de saber y de valor, sus títulos y ascensos los habia ganado en las campañas de Italia en que se hallaba empeñada entonces la corte de España, para establecer en aquel país á los hijos que Felipe V tuvo en su segundo matrimonio.

Como la guerra con Inglaterra estaba declarada por las injustas pretensiones de la corte inglesa, y los mares de la América se hallaban cubiertos de buques de guerra británicos, el duque de la Conquista, para poder llegar sin tropiezo á la Nueva España, se embarcó en un buque mercante holandés. Escoltado luego por una balandra muy velera de Puerto Rico, continuó la navegacion. De repente se dejaron ver dos buques de guerra ingleses que habian descubierto las embarcaciones, y se dirigieron á darles caza. El barco mercante holandés, menos velero que los de guerra contrarios, tenia que caer, sin remedio, en poder de los que les perseguian. El duque de la Conquista, para salvarse de ser hecho prisionero, saltó á la balandra, sin tener tiempo de tomar su ropa ni los papeles importantes que llevaba, y así logró llegar

á Veracruz el 30 de Junio de 1740. El valor del equipaje que perdió ascendia á cien mil duros.

Aunque se presentó sin las cédulas reales que acreditasen su nombramiento de virey, fué recibido con los honores que se hacian á los gobernantes que iban á tomar posesion del vireinato, y la Audiencia acordó se le reconociese y recibiera como si hubiese presentado sus credenciales.

El primer cuidado al hacerse cargo del mando, fué poner en buen estado de defensa el puerto de Veracruz. Tenia noticia de los daños que la escuadra inglesa, mandada por el almirante Vernon, habia hecho en varios puntos de la América, y temiendo que intentase algun ataque sobre la principal plaza marítima de la Nueva España, trató de ponerla en disposicion de rechazar á los enemigos. Para lograr su objeto reunió fuerzas suficientes de guerra que guarneciesen el punto; envió abundantes municiones y armas, y dictó las órdenes que juzgó mas convenientes al objeto.

1741. Buen militar y activo gobernante, quiso presenciarse por sí mismo los trabajos de defensa que habia mandado hacer en el puerto, convencido de que su presencia haria que se activasen las obras, y con ese laudable objeto marchó á Veracruz, llevando en su compañía entendidos ingenieros militares. Llegado al puerto, hizo construir, en el castillo de San Juan de Ulua, las baterías rasantes de Guadalupe y San Miguel; formó, para guarnecer la plaza, un batallon con el nombre de «La Corona», compuesto de los soldados de marina que habian quedado en Veracruz cuando estuvo la escuadra

de Barlovento, y ordenó que se hallasen listas las milicias de caballería de los alrededores para el momento en que se presentasen los ingleses.

Cuando tomaba esas acertadas providencias para la defensa de la plaza, se sintió atacado de la terrible enfermedad propia de aquel puerto, y volvió á Méjico, donde falleció, víctima de ella, el 22 de Agosto de 1741, al año de haber empuñado las riendas del gobierno.

A dirigir la nave del Estado entró, por muerte del virey, duque de la Conquista, la real Audiencia, ínterin la corte de España nombraba al que debía sucederle en el mando.

1742. Ningun acontecimiento que sea digno de referirse se verificó durante el tiempo que estuvo hecha cargo del mando. Los asuntos siguieron su curso regular, y los gobernados se hallaban satisfechos de la conducta de los gobernantes.

Cuadragésimo virey, D. Pedro Cebrian y Agustin, conde de Fuenclara. El 3 de Noviembre de 1742 llegó á Méjico el nuevo virey D. Pedro Cebrian y Agustin, conde de Fuenclara, que el monarca habia nombrado al saber la muerte del duque de la Conquista. La Audiencia, presidida por el oidor decano D. Pedro Malo de Villavicencio, le entregó inmediatamente el mando.

Al pasar por Jalapa para dirigirse á la capital, el alcalde mayor de aquella villa le manifestó una carta circular de D. Lorenzo Boturini, italiano de nacion, en la que se hacia saber que habia recibido un breve del Papa para coleccionar limosnas y hacer con el producto de ellas una valiosa corona de oro y piedras preciosas á la

imágen de Guadalupe. El virey, como era de su deber, mandó, al llegar á Méjico, hacer la averiguacion correspondiente y examinar el asunto. El fiscal obsequió la disposicion del nuevo gobernante, y de las averiguaciones resultó que Boturini habia ido á la Nueva España sin la licencia del Consejo de Indias, que, segun la ley, era necesaria para que los extranjeros entrasen en el país, y que la bula tampoco tenia el pase del Consejo, que era requisito indispensable, que se suplió con el de la Audiencia. Vistas estas infracciones de las leyes, se procedió á la prision de Boturini, y se le secuestraron todos sus papeles, entre los cuales habia preciosos documentos relativos á la historia de América. No habia obrado Boturini de mala fé: por olvido no habia sacado la licencia; y respecto de la bula para coleccionar limosnas, creyó que seria igual que tuviese el «pase» de la Audiencia de la Nueva España á donde iba, que el del Consejo. No era, sin embargo, lo mismo: la Audiencia de Méjico no tenia facultades para dar el «pase» á los «breves» del Papa, y al haberlo dado, obró fuera de sus atribuciones. No habiéndose, pues, presentado Boturini en el país con los requisitos que exigian las disposiciones reales, al gobernante no le tocaba sino ceñirse á cumplir con lo mandado por la ley, hasta que brillase pura la verdad. Archivados por órden del virey todos los papeles pertenecientes al preso, haciendo minucioso inventario de ellos, Boturini permaneció por algun tiempo preso en las casas de cabildo, y por último fué enviado á España en el navío *Concordia*, con la causa que se le habia formado, para que allí se resolviese lo que se juzgase

justo. El ilustrado caballero italiano habia ido á Méjico, despues de haber estado en la Península, con el objeto de escribir la historia particular de la Virgen de Guadalupe, y la general de la Nueva España. Laborioso y entendido, logró reunir documentos preciosos referentes al establecimiento de los primeros habitantes del Anáhuac. Boturini, al llegar á la Península, se presentó al Consejo de Indias para que se le juzgase. El Consejo, al escuchar sus descargos, se convenció de su inocencia, y obró de una manera noble y digna. Juzgando acreedores á premio los trabajos literarios de Boturini, logró, por el dictámen que dió á la corona, que se le concediese al sabio italiano una pension por haberse dedicado á recoger manuscritos históricos relativos á Méjico, y que se le nombrase cronista de las Indias, con sueldo de mil duros anuales, dándole permiso para que volviese á la Nueva España, y ordenando al virey que le entregase todos sus documentos, para que escribiese la historia que habia pensado dar á luz. Honrado y favorecido así Boturini por la corte de España, prefirió permanecer en la Península, donde se puso á trabajar con empeño en su historia. Habiendo terminado el primer tomo en Abril de 1749, con el título de *Cronologia de las principales naciones de la América septentrional*, lo presentó al Consejo, alcanzando la licencia para imprimirlo; pero la muerte vino á poner fin á la vida del escritor antes de darlo á la luz pública. Muerto Boturini, el Consejo, á cuyo poder habian pasado sus papeles, los envió á la secretaría del vireinato de Méjico, donde, por desgracia, transcurriendo el tiempo, se extraviaron muchos de

ellos. El fallecimiento del sabio escritor italiano antes de haber acabado su obra, y el extravío de varios de sus preciosos apuntes, fueron una sensible pérdida para la historia de Méjico.

El nuevo gobernante, conde de Fuenclara, reveló desde que se hizo cargo del poder, que poseia las cualidades relevantes que deben concurrir en el hombre en cuyas manos se coloca la suerte de los pueblos.

1743. Entretanto que el virey se ocupaba en la buena marcha de los diversos ramos de la administracion pública y en Veracruz se continuaba trabajando en las obras de fortificacion, la Inglaterra enviaba sus escuadras á los mares de la América para apoderarse de las sumas que de las colonias españolas se remitiesen á la Península. Aun por las costas del Pacífico, que hasta entonces se habian visto libres de buques enemigos que impidiesen el comercio con Filipinas, se dejaron ver varios buques de guerra ingleses, en espera de los galeones que salian de Acapulco. El célebre corsario George Anson, que se habia propuesto hacer una rica presa, acechaba el momento favorable para realizar su deseo. Entretanto, el galeon llamado *Nuestra Señora de Covadonga* salió de Acapulco para Manila con un rico cargamento en que, sin contar sus valiosas mercancías, llevaba en dinero y barras de plata millon y medio de duros. El corsario inglés, que se habia colocado á la altura del cabo del Espíritu Santo, descubrió al fin al galeon objeto de sus deseos. Al encontrarse con el corsario inglés, los españoles se dispusieron á la lucha por desventajosa que ésta se presentase, pues el pesado cargamento se oponia

á las rápidas maniobras indispensables en un combate naval, y las familias que en él iban embarazaban la accion. En cuanto el navío inglés y el galeon español se encontraron á tiro de cañon, empezó el combate. Por una y otra parte se luchaba con extraordinario aliento: los ingleses, por repartirse el rico botin en que cifraban su ventura; los españoles, por defender los tesoros que se habian confiado á su lealtad. Dos horas llevaban de combate sin que la victoria se decidiese por ninguno. El jefe español D. Gerónimo Montero que mandaba el galeon, hombre de un valor extraordinario, suplía con el coraje que comunicaba á sus soldados, la falta de ligereza del pesado bajel, no por la construccion, que era buena, sino por lo recargado de efectos que marchaba. En los momentos mas críticos, fué herido gravemente por una bala enemiga. Retirado por sus soldados del sitio del combate, continuó la lucha con el mismo ardor. Viendo el corsario inglés George Anson que la presa presentaba dificultades que habia estado muy lejos de imaginarse, y que podia ser derrotado, mandó subir á las gabias de su navío á los mas certeros tiradores que tenia, para que desde ellas hicieran un activo fuego de fusilería sobre la cubierta del galeon. La disposicion produjo los resultados que anhelaban. Las balas barrian todo lo que se presentaba á la vista, y no dejaban parar á ninguno de los defensores del galeon en el alcázar y combes de la nave. Sesenta y siete españoles habian perecido ya en el combate, y ochenta y cuatro eran los heridos. Era imposible, con estas sensibles pérdidas, continuar por mas tiempo la lucha. Entonces el segundo jefe mandó arriar la bandera, y

el galeon fué ocupado por los corsarios ingleses. Su primer acto fué conducir á su navío, que se llamaba *Centurion*, á las personas que se hallaban en el buque apresado. Eran mas de trescientas de todos estados, sexos, edades y condiciones. Todas fueron encerradas en la bodega, de donde era imposible su salida. Hecho esto, se apoderó de los caudales y efectos, y se alejó satisfecho de su presa.

Al mismo tiempo que se verificaba esta escena en el mar Asiático, en el del Norte sucedian otras no menos ruinosas para el comercio español. Por todas partes se veian buques corsarios en considerable número, que parecian bandadas de aves de rapiña esperando hambrientas el momento de caer sobre su presa. Los negocios mercantiles entre España y sus colonias sufrían por esta causa largas interrupciones que causaban graves daños á las fábricas de la Península. La falta de comunicaciones entre el viejo y Nuevo Mundo por causa de la funesta lucha, hizo subir excesivamente en la Nueva España el precio de los efectos europeos. Sin embargo de esto, Méjico poseia elementos propios de vida, y «bajo el suave gobierno del conde de Fuenclara», dice el ilustre escritor mejicano D. Andrés Cavo, «florecia cada dia mas, y las rentas reales se aumentaban».

1744. Pendiente siempre de las obras destinadas al bien público, el honrado gobernante hizo que compusiesen los arcos que conducen el agua á la ciudad, que estaban algo deteriorados, y pronto, merced á su empeño, quedó la obra terminada. El gasto de ella se hizo de la sisa del vino, aguardiente y vinagre que entraba en

la ciudad y estaba destinada á ese objeto. Esa renta ascendia anualmente de quince á veinte mil duros, de la cual se apartaban mil cuatrocientos veinte duros para las certificaciones de la aduana, sueldos del obrero mayor, contador de ciudad, escribano mayor, y el seis por ciento del cobrador. El sobrante se guardaba para otras obras.

Al mismo tiempo que se ocupaba en el embellecimiento de la capital, envió al coronel D. José de Escandon á establecer colonias en el Nuevo Santander, hoy Estado de Tamaulipas, despues de haber reconocido si su puerto se podia limpiar y tenia capacidad para buques de alto bordo.

1745. Siguiendo el conde de Fuenclara las obras de utilidad y de aseo de la ciudad, tomó el mayor empeño en la compostura de los empedrados, hizo reparar la calzada de San Antonio Abad, y logró que las calles quedasen perfectamente compuestas.

1746. Entretanto, por disposicion de la corte de Madrid, se mandaron recoger noticias estadísticas relativas á todas las provincias de la Nueva España, en que se diese á conocer la situacion, habitantes y comercio de ellas; trabajo digno y utilísimo que el virey, conde de Fuenclara, encomendó á D. José Antonio de Villaseñor, cosmógrafo del reino. Esto dió motivo á la publicacion del *Teatro Americano*, del expresado Villaseñor, obra importante y llena de preciosas noticias sobre el estado que guardaba el país en aquella época, cuyo primer tomo se publicó en 1746, y el segundo dos años despues.

El conde de Fuenclara, despues de haber gobernado

con notable acierto la Nueva España, haciéndose amar de los pueblos, fué relevado en el vireinato por D. Francisco de Güemez y Horcasitas, primer conde de Revillagigedo.

El virey saliente regresó á España con general sentimiento de los habitantes de Méjico.

Cuadragésimo-primero virey D. Francisco de Güemez y Horcasitas, primer conde de Revillagigedo. El nuevo gobernante, conde de Revillagigedo, entró en posesion del vireinato el 9 de Julio de 1746. Se hallaba gobernando la Habana cuando recibió el nombramiento de virey de la Nueva España, y pasó inmediatamente á Méjico, llevando en su compañía á su esposa D.<sup>a</sup> María de Padilla.

1747. Algunos meses despues de haber empuñado el timon del Estado, se recibió en la Nueva España la noticia de la muerte del rey Felipe V, acaecida el 12 de Julio del mismo año de 1746, y de haber entrado á reinar su hijo Fernando VI. Los lutos del primero y la proclamacion del segundo, se celebraron con la pompa y suntuosidad con que se acostumbraba celebrar esos actos.

No impedia al virey la celebracion de las fiestas reales por la coronacion del nuevo monarca, que se ocupase de los asuntos pertenecientes á la administracion de los diversos ramos de su gobierno. Activo y versado en los negocios de estado, logró aumentar las rentas reales, y mejoró notablemente el ramo de hacienda. Se recaudaban anualmente de las alcabalas que tenia en arrendamiento el consulado, trescientos treinta y tres mil trescientos treinta y tres duros y dos tomines: el pulque producía una renta de ciento sesenta y dos mil duros; la